
Valor humano y cristiano del trabajo. Enseñanzas de S. Juan Pablo II

Domènec Melé

Pamplona – EUNSA, 2020

ISBN: 9788431334840

El título del libro aquí reseñando, *Valor humano y cristiano del trabajo. Enseñanzas de S. Juan Pablo II*, expresa perfectamente su contenido. San Juan Pablo II, quien pasará a la historia como uno de los Pontífices más importantes que tuvo la Iglesia, ha puesto de relieve precisamente el valor humano y cristiano del trabajo. El trabajo de Melé ha sido gigantesco pues, más allá de las encíclicas sociales de Juan Pablo II, especialmente *Laborem exercens*, sus ricas enseñanzas sobre el trabajo están dispersas en numerosos documentos, discursos, homilías, entrevistas, libros, etc. Melé las ha detectado, ordenado, sistematizado, las ha relacionado entre sí, y conectado con el magisterio previo de la Doctrina Social de la Iglesia.

El hombre siempre ha trabajado: desde el mismo *Génesis* se le ha encomendado la tarea de “dominar la tierra”. Históricamente, la realidad del trabajo ha sido considerada desde la perspectiva subjetiva, del hombre que trabaja, hasta bien entrado el siglo XIX. Esta perspectiva ha, o bien enfatizado las fatigas y durezas del trabajo, o bien destacado su importancia para el desarrollo de la persona. Aparte de este aspecto subjetivo, también se consideró el objetivo: el trabajo obra una transformación de la naturaleza, con el fin de usar lo necesario para la vida buena, según Aristóteles. En cambio, para otros como Locke y Calvino (en la versión de Max Weber), su fin era una acumulación ilimitada. Al nacer la economía neoclásica, el trabajo pasa a ser un factor de la producción con un precio, el salario, que antes respondía simplemente al necesario sostenimiento del trabajador. Si no es un *commodity* con precio, como el trabajo de la mujer o el estudio, no se considera como trabajo. El trabajo se transforma en un factor con un precio más, sujeto a leyes de oferta y demanda. Esta visión implica un empobrecimiento notable de su noción. El aspecto subjetivo queda entre paréntesis y todo el valor del trabajo pasa a radicar en su aporte al proceso productivo y a medirse por el salario. Con esta concepción el mismo trabajador tiende a considerar el valor de su trabajo en función de los bienes que puede comprar con su fruto, no por su aspecto subjetivo, ni tampoco por el objetivo, el valor de lo que produce. Cuanto más puede comprar, más vale su trabajo; y para el *ethos* de la economía neoclásica, no hay límite en ese “más”.

Frente a este proceso contemporáneo, se alza la doctrina social de la Iglesia acerca del trabajo. En este contexto, se destaca, por la finura de sus propuestas, la Encíclica *Laborem exercens* (1981) de San Juan Pablo II, y el *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* (2004) del Consejo Pontificio para la Justicia y la Paz. Su mensaje fundamental es ver al trabajo como acto humano, con todas sus consecuencias –acto ético y social–, y, por tanto, reconocer la prioridad del aspecto subjetivo del trabajo sobre el objetivo. Además, conectan el trabajo con la dignidad humana; el trabajo es un bien digno del hombre: “mediante el trabajo el hombre *no sólo transforma la naturaleza* adaptándola a las propias necesidades, sino que *se realiza a sí mismo* como hombre, es más, en un cierto sentido ‘se hace más hombre’” (*Laborem exercens*, n. 9). Otra respuesta a la visión neoclásica es la del marxismo. Sin embargo, su oposición crítica no se apoya en una visión del trabajo humanista, por no contar con una base antropológica adecuada, sino materialista. La doctrina de San Juan Pablo II también se contrapone a esta última, que conocía muy bien.

Melé organiza el amplio material sobre el trabajo provisto por San Juan Pablo II en tres grandes partes del libro que analizan respectivamente la antropología, la ética y la espiritualidad cristiana del trabajo.

En un primer capítulo de la primera parte, Melé nos relata la experiencia de Wojtyła trabajador. Juan Pablo II habla de lo que conoce porque lo ha vivido. En un segundo capítulo explica que el Pontífice considera que la clave para una concepción adecuada del trabajo está basarla en una antropología personalista, cuyos criterios describe. El hombre está llamado a hacer fructificar la tierra en orden al bien común. El trabajo es una característica distintiva del hombre, *homo laborem exercens*, hombre que trabaja, como un *actus personae*, un acto de la persona. Porque es hombre, trabaja, es sujeto y causa eficiente del trabajo. El trabajo se realiza desde el interior del hombre en su totalidad.

Pasando a la segunda parte del libro, la dimensión ética del trabajo, lo primero a señalar, como ya se ha hecho, es la prioridad del aspecto subjetivo sobre el objetivo del trabajo. La técnica ha de servir al hombre y su trabajo. El trabajo tiene prioridad sobre el capital (que no deja de ser trabajo acumulado) y la técnica, causa instrumental del trabajo: ambos se pueden combinar sin conflictos.

Una segunda idea fundamental es el respeto a la dignidad del trabajo, por ser obra del hombre y encargo de Dios desde el Génesis. Este respeto se opone al “economismo” (la reducción del trabajo a una finalidad económica) y el materialismo. No es el trabajo ni mercancía ni medio de producción. El hombre tiene deber de trabajar, con espíritu de servicio, y derecho a hacerlo. Por eso,

respetando el principio de subsidiariedad, hay que encontrar modos de resolver el problema del desempleo. El Papa habla de “una planificación global del empleo”. Melé se detiene brevemente en las cuestiones del trabajo de los minusválidos, los inmigrantes, los niños y los trabajadores agrícolas. También recoge una lista de derechos de los trabajadores.

Otra idea clave es que la persona se realiza a sí misma mediante el trabajo. El trabajo es un bien del hombre, al que está llamado por una vocación, ordenada finalmente al amor. Hay una serie de virtudes que facilitan un buen trabajo, particularmente, la laboriosidad. El trabajo fortalece la personalidad y es educativo. Por otra parte, las virtudes relacionadas con el trabajo son claves para la solución de los problemas globales. Recojo una cita de San Juan Pablo II en un discurso ante la CEPALC (Comisión Económica para América Latina y Caribe), en Santiago de Chile, el 3 de abril de 1987, en ocasión de su visita a este Cono Sur:

Las causas morales de la prosperidad son bien conocidas a lo largo de la historia. Ellas residen en una constelación de virtudes: laboriosidad, competencia, orden, honestidad, iniciativa, frugalidad, ahorro, espíritu de servicio, cumplimiento de la palabra empeñada, audacia; en suma, amor al trabajo bien hecho. Ningún sistema o estructura social puede resolver, como por arte de magia, el problema de la pobreza al margen de estas virtudes; a la larga, tanto el diseño como el funcionamiento de las instituciones reflejan estos hábitos de los sujetos humanos, que se adquieren esencialmente en el proceso educativo y conforman una auténtica cultura laboral (n.9).

Melé dedica el capítulo 9 de su libro a las enseñanzas del Papa sobre trabajo y familia: el necesario sustento, el salario familiar, la armonización de trabajo y vida familiar, el trabajo de la mujer, respetando su papel de madre. El siguiente capítulo se refiere al necesario estado de derecho para el desarrollo de un trabajo digno. Aparecen los principios de subsidiaridad, supletoriedad y solidaridad. También los sindicatos, el derecho a huelga y la necesidad de un diálogo en que las partes escuchen y se comprendan.

Al tratar sobre el trabajo profesional, vuelven a aparecer las virtudes: laboriosidad, iniciativa, competencia, fiabilidad, lealtad. En la empresa, la necesidad de respeto a la capacidad creativa y la iniciativa de todos. Recojo otras citas, ahora de la Encíclica *Centesimus annus*, en la que afirma que la

ineficiencia del sistema económico (...) no ha de considerarse como un problema puramente técnico, sino más bien como consecuencia de la violación de los derechos humanos a la iniciativa, a la propiedad y a la libertad en el sector de la economía (*Centesimus annus*, n. 24).

“Durante mucho tiempo”, sigue, “las relaciones económicas más elementales han sido distorsionadas y han sido zaheridas virtudes relacionadas con el sector de la economía, como la veracidad, la fiabilidad, la laboriosidad” (*Centesimus annus*, n. 27).

La concepción de la empresa de San Juan Pablo II es la de una comunidad de personas al servicio del bien común. El lucro es condición de funcionamiento, no fin de la empresa. Dice el Papa:

La finalidad de la empresa no es simplemente la producción de beneficios, sino más bien la existencia misma de la empresa como comunidad de hombres que, de diversas maneras, buscan la satisfacción de sus necesidades fundamentales y constituyen un grupo particular al servicio de la sociedad entera. Los beneficios son un elemento regulador de la vida de la empresa, pero no el único; junto con ellos hay que considerar otros factores humanos y morales que, a largo plazo, son por lo menos igualmente esenciales para la vida de la empresa (*Centesimus annus*, n. 35).

La última parte del libro, “espiritualidad cristiana del trabajo” está organizada en tres capítulos tratando respectivamente de la relación del trabajo con Dios Padre, Dios Hijo, y el Espíritu Santo. El trabajo humano es reflejo del trabajo creador de Dios Padre, llamada suya a colaborar en su obra creadora. Estamos convocados a dar gloria a Dios con nuestro trabajo. Jesucristo trabajó siendo un modelo para imitar. Con el trabajo participamos de la redención obrada por Jesucristo y en su realeza. Finalmente, el Espíritu Santo vivifica el trabajo santificándolo, santificando a la persona que trabaja, y llamando a hacer un apostolado en el trabajo.

El libro concluye con un Epílogo en que muestra la actualidad de las ideas del Papa frente a los nuevos desafíos del siglo XXI. Se detiene particularmente en cómo encarar los desarrollos de la industria 4.0 para que estén en línea con la visión humanista y cristiana del trabajo propuesta por San Juan Pablo II. Finalmente, el autor preparó un completo índice de materias que resulta muy útil.

No quiero terminar sin señalar la gran utilidad de este libro para todo tipo de personas: desde los gobernantes, hasta el “último” obrero, pasando por los empresarios, gerentes de personas, profesionales, amas de casa. La visión tan

positiva del trabajo que transmite San Juan Pablo II puede ayudar a ilusionar a todos con su trabajo y a cuidar a todos en su trabajo.

Ricardo Crespo
RCrespo@iae.edu.ar